



MINISTERIO APOSTÓLICO INTERNACIONAL

Anhelamos acompañarte con una Palabra de amor y esperanza.

www.palabrasdevida.com

¿Maldiciones Generacionales?

“La Sangre de Jesús Rompe Otra Cosa”.

Contenido

Introducción: Confesiones desde el Campo de Batalla Equivocado	2
El Peso que No Es Nuestro.....	2
La Promesa de Dios: "Visito la Maldad..." ¿Qué Significa Realmente?	3
La Aclaración Divina: Ezequiel 18:20	4
La Revolución del Nuevo Pacto: Jeremías 31 y Hebreos 8	4
El Error Moderno: De la Gracia a la Magia	4
La Sutil Tiranía del Pasado	5
La Única Maldición que Importa - Gálatas 3:13	5
Reflexión Necesaria: <i>¿Por Qué Sufre el Justo?</i> El Propósito Divino en la Prueba ...	6
Aplicación Práctica - <i>¿Qué Haces Hoy?:</i>	7
El Recuerdo Pastoral - No Camines Solo	7
Conclusión: La Verdad que Libera	8
Epílogo: Una Oración de Libertad	8

Aclaración:

Antes de sumergirnos en la Escritura, es crucial que nos detengamos en el nombre mismo con que popularmente se ha bautizado esta doctrina: **“maldiciones generacionales”**. Estas dos palabras, aunque nunca aparecen juntas de esta forma en la Biblia, ya instalan una idea peligrosa en nuestra mente: *la de un Dios que activamente maldice a las familias de los “que le aborrecen” a través del tiempo.*

La Escritura, sin embargo, es infinitamente más precisa y profunda. En el pasaje central de **Éxodo 20:5**, Dios no dice que Él *“maldice”*, sino que *“visita”* la maldad de los padres sobre los hijos. Y es aquí donde se devela una de las más sutiles y eficaces estrategias de nuestro adversario: tomar un verbo divino —“visitar” (del

hebreo “*pāqad*”, que descubriremos a lo largo de nuestro estudio)— y torcerlo hasta que lo entendamos exclusivamente como un acto de castigo. Nos ha hecho creer que cuando Dios “visita”, es solo para ajustar cuentas.

Pero, *¿y si esa “visita” divina, que hemos aprendido a temer como el acto de un juez que viene a ejecutar una sentencia, fuera en realidad algo mucho más profundo y complejo? ¿Si el propósito de Dios al “visitar” no fuera meramente castigar, sino algo que nuestra comprensión del Evangelio nos obliga a reexaminar?* Esta pregunta es precisamente la que guiará nuestro estudio, para que la Verdad de Su Palabra ilumine las sombras de nuestro temor.

Introducción: Confesiones desde el Campo de Batalla Equivocado

Hermanos amados, antes de abrir la Palabra, permítanme abrir mi corazón. Lo que compartiré no nació en la quietud de una biblioteca, sino en el fragor de un campo de batalla donde, debo confesar, por mucho tiempo peleé la guerra equivocada.

Instruido por mis líderes (en mis inicios en la fe), para combatir "maldiciones generacionales", mi oración se convirtió en un ejercicio extenuante por "cortar" lazos con pecados de antepasados que ni siquiera conocí. Lo más doloroso fue que, mientras mis ojos estaban fijos en los fantasmas de su pasado, no veía los mismos patrones de pecado operando con fuerza devastadora en mi propio presente.

Y el gran motor que me movía era el amor por mi familia. Mi punto de quiebre fue comprender que la libertad de mis hijos no dependería de mi capacidad para "*limpiar*" nuestro linaje, sino de su propia y personal rendición a Cristo. Fue entonces cuando resonó en mi alma **Oseas 4:6**: "*Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento*". Percibía no por falta de sinceridad, sino por falta de la verdad del Evangelio.

Pero es importante aclarar que este estudio no se trata de exhibir una vieja herida, sino de presentar al Médico Divino que la sanó, para que juntos evitemos esta trampa y corramos sin distracciones hacia Aquel que ya lo venció todo en la Cruz.

El Peso que No Es Nuestro

Hermano, hermana, *¿sientes sobre tus hombros un peso que no elegiste? ¿Un patrón de fracaso, una adicción o una tristeza que parece heredada?* La idea de que "*hay una maldición sobre tu linaje*" puede convertirse en un veneno que te susurra: "*Estás condenado a repetir la historia, las faltas de antepasados te han alcanzado*".

Pero esta necesidad de culpar al pasado, como hizo Adán en **Génesis 3:12** ("*La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.*"), no viene de Dios. Nace de nuestra propia sed por una solución mágica: "*Rompe la maldición y todo cambiará*"..., "*cancela los derechos de maldición generacional y serás libre*". "*Tu puedes y debes pelear esta batalla por ti y por tu familia*".

Nosotros, hoy, no venimos a ofrecer un ritual, sino una cruz. La Biblia habla de una sola maldición, terrible y universal, y ya fue rota no por nuestras palabras, sino por la sangre del Cordero que quita el pecado del mundo.

Por tanto, si anhelas la libertad, deja de exorcizar los fantasmas de tu árbol genealógico. Te invito a mirar hacia arriba, al Hijo de Dios clavado en un madero. Allí, y solo allí, se encuentra el fin de toda herencia de condenación.

La Promesa de Dios: "Visito la Maldad..." ¿Qué Significa Realmente?

Para desmantelar la mentira de las *"maldiciones generacionales"*, es crucial examinar el pasaje de la Escritura que a menudo es malinterpretado o, lisa y llanamente, tergiversado para justificarla. El origen de la mentira no está en la Biblia, sino en una lectura torcida de ella. Vayamos a **Éxodo 20:5-6 (RVR1960)**: *"...porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos."*

Leído de forma fragmentada, este pasaje puede generar temor. Sin embargo, su propósito no es establecer una competencia entre el juicio y la gracia, sino magnificar la desproporción infinita entre la consecuencia del pecado y la sobreabundancia de la misericordia, en lo que podríamos llamar la *"Aritmética de la Gracia"*.

- **Visito:** Aquí yace el corazón de la revelación. El verbo hebreo *"pāqad"* no significa *"castigar automáticamente"* ni implica un Dios que desciende para ejecutar una sentencia. Significa, más bien, *"atender, inspeccionar, intervenir"*. Es el acto de un médico que, por amor al paciente, interviene para exponer la enfermedad oculta y hacer visible el diagnóstico. Cuando Dios *"visita la maldad"*, no está aplicando una maldición; está encendiendo la luz en un cuarto oscuro para que la familia pueda ver el desorden destructivo en el que vive. Es una intervención de gracia severa cuyo propósito no es la condenación, sino crear las condiciones para el arrepentimiento. Permite que las consecuencias del pecado se manifiesten para que la necesidad de un Salvador se vuelva ineludible. Es un acto de amor que dice: *"No los dejaré perecer en su engaño; intervendré para que la realidad de su pecado se haga tan evidente que tengan la oportunidad de volverse a Mí"*.
- **Misericordia a millares:** En glorioso contraste, la misericordia de Dios (*"jesed"*, Su amor leal del pacto) no necesita condiciones para manifestarse; simplemente se derrama sin fin sobre aquellos que le aman. Se extiende *"a millares"*, un modismo hebreo para expresar la infinitud.

Pensemos por un momento en la terrible alternativa: *¿qué pasaría si Dios no interviniera con pāqad?* Dejaría a miles de millones de personas sin la oportunidad de alcanzar la gracia y el perdón. Muchos continuaríamos viviendo en la miseria de nuestros errores, aceptando la mentira de que son *"maldiciones generacionales"* divinas, un destino fatal contra el cual no existe fuerza humana que pueda vencer. Por tanto, la *"visita"* de Dios, lejos de ser un castigo, es la misericordia que nos impide morir en el engaño. Es Su forma de romper nuestra parálisis espiritual, mostrándonos la herida para que anhelemos al Sanador.

El mensaje, entonces, se transforma. La rebelión humana tiene un poder destructivo que se consume en unas pocas generaciones (3 ó 4), pero la intervención redentora y el amor fiel de Dios son infinitamente más poderosos y eternos, representado por el modismo hebreo de 1000 generaciones. Lo que se transmite de padres a hijos no es una fuerza sobrenatural de maldición, sino una cultura de pecado por imitación y el ambiente tóxico que este genera. Este pasaje, lejos de ser un texto de temor, se convierte en un ancla de inmenso consuelo: *el legado del pecado es finito y visible, pero el de la gracia es infinito y todopoderoso.*

La Aclaración Divina: Ezequiel 18:20

Siglos después la tergiversación bíblica se hizo patente, el pueblo de Israel había torcido la enseñanza de Éxodo, usándola como una excusa fatalista para su propia desobediencia: *"Nuestros padres pecaron y las consecuencias recaen sobre nosotros"*. Entonces Dios, que no iba a permitir que Su Palabra fuese adulterada, interviene a través del profeta con una claridad que demuele cualquier idea de determinismo ancestral.

Escuchemos la voz de Dios en **Ezequiel 18:20 (RVR1960)**: *"El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él"*.

Aquí no hay confusión. Dios no se retracta, sino que aclara Su perfecta justicia. Él no opera con un sistema de "karma" familiar. Como dice en el mismo capítulo, *"He aquí que todas las almas son mías... el alma que pecare, esa morirá"* (**Ezequiel 18:4**). La responsabilidad es personal, la salvación es individual y la condenación no se hereda. *Dios no te juzga por tu linaje; Él mira tu corazón*.

La Revolución del Nuevo Pacto: Jeremías 31 y Hebreos 8

Sabiendo que no somos castigados por el pecado de nuestros padres, la pregunta es: *¿cómo somos liberados del nuestro?* Aquí, el profeta Jeremías nos abre la puerta a la obra maestra de Dios: *el Nuevo Pacto*.

Anunciando el fin del proverbio popular *"Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera"*, Jeremías declara que *"cada cual morirá por su propia maldad [avón, una torcedura fundamental del carácter]"* (**Jeremías 31:29-30**). El **Diccionario Expositivo Vine** lo define como aquello que implica "una desviación de lo que es recto y justo".

Esta no es una simple corrección, sino el anuncio de un sistema superior. El problema nunca fue una "maldición" externa, sino un problema de *corazón*. Por eso, la solución no es un ritual, sino una cirugía interna descrita en **Jeremías 31:33 (RVR1960)**: *"Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por mi pueblo."* Corazón= [lev, el centro del ser: intelecto, conciencia y voluntad]

Esta es la esencia del Nuevo Pacto, ratificado por la sangre de Cristo y citado en **Hebreos 8** para demostrar su supremacía. Cristo no vino a reparar el viejo sistema, sino a inaugurar uno nuevo basado en la transformación del individuo desde adentro.

Es aquí donde la doctrina moderna de las *"maldiciones generacionales"* se derrumba, pues intenta aplicar una solución del viejo pacto (rituales externos) a un problema que Dios ya resolvió de una manera infinitamente más profunda. *La sangre de Jesús no opera en la genealogía; opera en el alma*.

El Error Moderno: De la Gracia a la Magia

Frases como *"¡En el nombre de Jesús, rompo esta maldición!"* son comunes, pero a menudo nos dejan en la misma lucha. *¿Por qué?* Porque sin darnos cuenta, hemos cambiado el fundamento de la gracia por la mecánica de la magia. La **gracia** se basa en una relación con Cristo; la **magia** se basa en una fórmula para forzar un resultado. Esta lógica comunica una teología deficiente, adulterada, que es como decir: *"La obra de Cristo en la cruz fue un gran primer paso, pero no es suficiente para mi"*

problema específico. Necesito añadir mi propia declaración, mi propio acto de 'ruptura', para que Su poder finalmente se active en esta área de mi vida."

La Biblia nos llama a un camino diferente, no de declaración, sino de confesión humilde, como leemos en **1 Juan 1:9 (RVR1960)**: *"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad."* ¿No dijo Dios que "visita" la "maldad" de los que le aborrecen? Pues aquí lo vemos perdonando y limpiándolos justamente de esa misma maldad. Confesar (del griego **homologeō**) significa "decir la misma cosa"; es estar de acuerdo con el diagnóstico de Dios sobre nuestro pecado y recibir Su provisión de perdón.

La Sutil Tiranía del Pasado

La trampa más astuta del enemigo es una sutil desviación: *hacernos creer que nuestra libertad depende de una "arqueología espiritual", de excavar el pasado para "cortar" ataduras que Cristo ya aniquiló.* Esta doctrina es devastadora porque desplaza la fe de la obra consumada de Cristo a una obra interminable que pesa sobre nuestros hombros, cambia nuestra mirada hacia atrás en lugar de hacia arriba (a Cristo, **Hebreos 12:2**), y produce ansiedad en lugar de paz. La Escritura distingue entre **consecuencias** culturales heredadas, (hábitos, formas de vida, estilos, modos y costumbres) y **culpa** judicial transferida (Los pecados de ancestros impactan necesariamente en mi vida presente). Lo primero es real, pero lo segundo es rechazado por la Biblia (**Ezequiel 18:20**). Para el creyente, el Nuevo Pacto lo anula todo: *"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas"* (**2 Corintios 5:17**). No hay cadena judicial que debamos romper; fue quebrada en la cruz de una vez y para siempre.

La Única Maldición que Importa - Gálatas 3:13

Llegamos al epicentro del evangelio. La verdadera libertad no está en las sombras de nuestro linaje, sino en el madero donde Pablo revela la transacción divina que lo cambió todo: *"Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)."* (**Gálatas 3:13 RVR1960**). **Redimió** (del griego **exagorazō**): *es la imagen de comprar un esclavo no para poseerlo, sino para sacarlo permanentemente del mercado y otorgarle una libertad incondicional.*

¿Y cuál es, exactamente, esa "maldición de la ley"? El apóstol Pablo la define con una claridad reveladora en **Gálatas 3:10 (RVR1960)**: *"Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas."* La ley, en su santidad, funciona como un diagnóstico perfecto: *revela la enfermedad de nuestro pecado, pero no tiene el poder para curarla.* De hecho, Pablo nos enseña la paradójica verdad de que la ley, al entrar en contacto con nuestra naturaleza caída, en lugar de frenar el pecado, lo expone y lo magnifica.

Él mismo lo testifica en **Romanos 7:7-8 (RVR1960)**: *"¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia."* La ley, entonces,

no fue dada para que pudiéramos justificarnos por ella, sino para que se hiciera evidente nuestra absoluta necesidad de un Salvador. Este era su propósito divino, como leemos en **Romanos 5:20 (RVR1960)**: “*Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia*”.

Esta, hermanos, es la verdadera y única “maldición generacional” que heredamos de Adán: *la condena universal que pesa sobre todo ser humano por ser incapaz de cumplir perfectamente el estándar santo de Dios, una incapacidad que la propia ley se encarga de demostrar*. Pero en la cruz se produjo el gran intercambio: *Él tomó nuestra maldición* —esa misma que la ley hizo tan evidente— *para que nosotros pudiéramos recibir Su bendición*. Tu libertad no está en lo que rompes; está en lo que recibes.

Reflexión Necesaria: ¿Por Qué Sufre el Justo? El Propósito Divino en la Prueba

Al pie de la cruz, libres de toda maldición, surge una pregunta honesta: “*Si soy libre, ¿por qué aún sufro?*”. La respuesta no está en una maldición oculta, sino en el propósito soberano de Dios. La historia de Job es una poderosa confirmación de **Romanos 8:28 (RVR1960)**: “*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien...*”.

Este “bien” supremo no es la comodidad terrenal, sino, como lo define el versículo siguiente, nuestra conformación a la imagen de Su Hijo: **Romanos 8:29 (RVR1960)**: “*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*”.

Quizás no haya un ejemplo más poderoso de esta verdad en toda la Escritura que la vida del patriarca Job. La Biblia nos lo presenta como un hombre “*perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal*” (**Job 1:1**). Sin embargo, con el permiso soberano de Dios, Job fue sometido a una prueba de una severidad inimaginable: en un solo día, lo perdió todo: sus riquezas, sus siervos y, lo más devastador, a todos sus hijos, para luego ser afligido con una dolorosa enfermedad. Precisamente esta prueba incomprensible fue la que despojó a Job de todo entendimiento humano para llevarlo a un encuentro desnudo y mucho más profundo con Dios, permitiéndole al final declarar la victoria de la fe: “*De oídas te había oído; Mas ahora mis ojos te ven*” (**Job 42:5 RVR1960**).

Este es el propósito del fuego refinador: *quemar la escoria para que la pureza del oro resplandezca*. Las pruebas no son un castigo ancestral, sino las herramientas del Alfarero Divino que nos está perfeccionando, cumpliendo Su promesa en **Filipenses 1:6 (RVR1960)**: “*... el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.*”

Aunque Job puede ser visto como un tipo de Cristo en su sufrimiento injusto y posterior exaltación, debemos ser claros: *el sufrimiento de Cristo fue expiatorio (por nuestro pecado), mientras que el de Job fue probatorio (a pesar de su justicia)*. Para el creyente, el dolor y la aflicción no son una tragedia sin sentido, como lo es para quienes viven “*sin esperanza y sin Dios en el mundo*” (**Efesios 2:12**). Para nosotros, la misma prueba se convierte en el taller del Padre, una “*leve tribulación momentánea [que] produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria*” (**2 Corintios 4:17**).

Aplicación Práctica - ¿Qué Haces Hoy?:

Entonces, *¿qué haces cuando ves el patrón?* Cuando descubres en tus actitudes el eco de viejas heridas familiares o ves en tu hogar las mismas sombras que oscurecieron el de tus padres, *¿qué haces?*

La respuesta que a menudo nos han enseñado es: *¡Levanta la voz! ¡Declara! ¡Reprende!* Pero hemos aprendido que ese camino es un desvío que nos aleja de la verdadera fuente de poder. La respuesta del evangelio es infinitamente más humilde y, a la vez, inconmensurablemente más poderosa: *No levantas la voz buscando un ritual de exorcismo; te arrodillas para tener una conversación honesta con tu Salvador, con un corazón que ha dejado de culpar a sus ancestros para asumir su propia responsabilidad.*

Tu oración ya no es una fórmula mágica, sino una conversación honesta con tu Padre. Quizás tus palabras se parezcan a estas: *“Señor, reconozco este patrón en mi vida. No fui el primero en caer en él, y veo sus raíces en mi historia. Pero por tu gracia, hoy decido ser el primero de mi linaje en levantarme en victoria. No vengo a Ti buscando liberar a mis ancestros de su pasado; vengo a Tu presencia buscando ser liberado por Ti para mi presente y mi futuro.”*

Esta oración lo cambia todo porque te rindes a un Salvador visible en lugar de luchar con fantasmas invisibles. La transformación comienza aquí y se vive día a día, con la ayuda de la iglesia local y el estudio de la Palabra. *¿Por qué?* Porque en el momento en que creíste, Dios realizó el milagro más grande: *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” (2 Corintios 5:17 RVR1960).*

- **Nueva criatura** (del griego *kainē ktisis*): *Esto no es una simple remodelación. Kainē significa nuevo en calidad y especie, algo que no existía antes. Ktisis es un acto de creación soberana. Por tanto, un creyente es, literalmente, una creación ontológicamente nueva.* Tu victoria se basa en creer quién eres ahora en Cristo y actuar de acuerdo con esa nueva identidad.

El Recuerdo Pastoral - No Camines Solo

Quizás te sientas solo en esta batalla. Tu comunidad de fe puede estar atrapada en la teología del error que hemos desmantelado, insistiéndote en que *“tienes una maldición que no sabes cómo romper”*, dejándote con una carga de culpa aún mayor. A esto se suma la prisión interna del miedo y la vergüenza, el mismo eco que llevó a Adán a confesar en **Génesis 3:10 (RVR1960)**: *“...tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí”*.

Si ese eres tú, escucha el corazón de Cristo: *no estás destinado a caminar solo.* La provisión de Dios es una familia: *la iglesia local.* Busca refugio en una comunidad que predique fielmente el evangelio. La sanidad no depende de un experto, sino de un hermano que te escuche, no te juzgue, sino que abrazándote diga: *“Yo también luché con eso, y Cristo me libró por Su sangre”*.

Este es el cumplimiento práctico de **Gálatas 6:2 (RVR1960)**: *“Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.”* La palabra **cargas** (del griego *baré*): *no se refiere a molestias diarias, sino a pesos aplastantes que exceden nuestra capacidad individual.* La iglesia es el cuerpo de Cristo ayudándote a llevar lo que no puedes soportar solo.

Por tanto, debemos reajustar nuestra expectativa de lo que es la iglesia: *No es principalmente un escenario para ver milagros espectaculares o exhibiciones de poder. Es, ante todo, un hospital para los quebrantados, un refugio para los cansados, el lugar donde Cristo, a través de Su cuerpo, te encuentra precisamente cuando sientes que ya no puedes más.*

El Evangelio nos ruge una gloriosa verdad: *allí donde el lazo de la sangre se deshilachó, **Cristo, con la sangre de Su propio costado, forja para ti una nueva familia y te injerta en ella*** (Romanos 11:17). Es una comunidad de peregrinos que te recibe con las manos abiertas, no por tus méritos, sino porque en tus cicatrices reconocen las tuyas. Te acompañarán al pie del Maestro sin jamás levantar una piedra para acusarte, porque todos ellos bebieron de la misma gracia que ahora te ofrecen. Es una familia cimentada no en la perfección de sus miembros, sino en la memoria compartida del mismo barro, la misma caída y el mismo y glorioso rescate.

Conclusión: La Verdad que Libera

Hemos llegado al final de nuestro recorrido, y la pregunta que guió este estudio encuentra su respuesta definitiva.

¿Qué es lo que la sangre de Jesús realmente rompe? Su sangre no se derramó para anular supuestos hechizos ancestrales, sino para aniquilar la única maldición que importa: *la maldición de la ley, esa condena universal que todos heredamos por nuestra incapacidad de cumplir el estándar santo de Dios.* La obra de Cristo no fue una limpieza de nuestro árbol genealógico, sino la demolición de la prisión que nos mantenía a todos cautivos.

Con esta verdad como nuestra ancla, permitamos que las siguientes realidades resuenen en nuestro ser:

- *No hay maldiciones generacionales que debas romper, solo hay pecados personales que debes confesar ante un Dios perdonador.*
- *No hay cadenas heredadas que debas cortar, solo hay mentiras del enemigo que debes deshacer con la verdad de la Escritura.*
- *No hay espíritus de tus abuelos que debas expulsar, solo hay un Salvador que ya te ha liberado de una vez y para siempre.*

Esta libertad gloriosa es un regalo que debe ser recibido. Para quienes deciden permanecer fuera de la gracia de Cristo, los dolorosos patrones de pecado familiar continúan su obra destructiva, no como una maldición, sino como la trágica consecuencia natural de rechazar al Único que puede sanarlos. Ante el trono de la gracia, los méritos o faltas de nuestros antepasados son irrelevantes. Allí, solo una cosa importa, tal como declara el apóstol Juan: *“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.”* (Juan 1:12 RVR1960).

Por lo tanto, abraza esta verdad final: *tu verdadera y eterna identidad no está definida por tu pasado familiar, sino que está escrita con la sangre del Cordero de Dios.* Y eso... eso es libertad.

Epílogo: Una Oración de Libertad

Unámonos ahora en oración, sellando estas verdades en nuestro corazón:

Padre celestial, te pedimos perdón. Perdón porque muchas veces hemos buscado respuestas en rituales humanos, cuando Tú ya nos habías dado la respuesta definitiva en tu Hijo. Perdón porque hemos creído que la salvación estaba en nuestra capacidad para romper cadenas, cuando en realidad reside en nuestra disposición a recibir un corazón nuevo. Hoy, Señor, renunciamos a toda forma de superstición y nos arrepentimos de haber sustituido la suficiencia de tu gracia. Ayúdanos a dejar de buscar maldiciones en nuestros antepasados y a fijar nuestra mirada única y exclusivamente en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe y de Quién recibimos siempre, en todas las cosas, todo lo suficiente.

En el nombre poderoso de Jesús, Amén.

GLORIA A DIOS !!!

"Que la paz y la abundancia que encontramos en Jesús llenen tu vida".
Te saluda con amor fraternal, Daniel Liandro.

"En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia".
(Prov. 17:17)



REFLEXIONA CON DIOS



WhatsApp

+54 9 11 3784-5752